

ros mortales. Una klepsydra, puesta á la cabecera del lecho, acaba de vaciar todas sus arenas, cuando Zoraya se incorpora dando un suspiro, y se lleva la mano derecha á la frente y la mano izquierda al corazón como queriendo sacudir un triste sueño y descargarse de una gran pesadumbre.

—¿Dónde estoy? Dijo. ¿Qué es de mí? Muerta, muerta, y he debido llegar al otro mundo.

Y á esta reflexion se lanzó del lecho y recorrió la estancia.

—Dios mio, dijo. ¿Me has enviado al cielo, al infierno, al purgatorio? No lo sé. ¡Oh madre, madre mia! El ángel de la guarda, con que tantas veces entretuviste mis insomnios y ocupaste mi pensamiento, no ha venido á recibirme en las riberas de la eternidad. Ni oigo las letanías sin fin que despiden los bienaventurados de sus labios; ni veo las palmas de luz que cimbrean en sus manos las mártires. La Madre de Dios, cuya sonrisa me bendecía en el crepúsculo, cuando la campana de nuestro castillo desde la torre altísima llamaba á los campesinos al reposo y á la oracion, no ha derramado sus rosas místicas sobre mi cuerpo virginal y sobre mi alma inocente. Todas las esperanzas de mi cautiverio han marrado. Si sobreviví al rapto, si me resigné al Harem, si pude vivir entre infieles como la rosa entre zarzas, fué con la esperanza de encontrar en mi paso desde este mundo al otro por los cielos eternos de mi Dios las almas bienaventuradas de mis hermanos y de mis padres. Los ví caer defendiendo tu santo nombre; los ví espirar en la pelea con la mirada convertida á tu gloria; y se han perdido como el polvo levantado por sus corceles, y se han disipado como la sangre derramada de sus venas. El surco de los combates se tragó sus cuerpos y sus espíritus, confundidos con el terruño, como una capa de polvo puesta sobre otra capa de polvo. Y aquí, en el otro mundo, por cuyo logro suspiré tantas veces, se extienden las mismas líneas de los palacios árabes, se oyen las mismas melodías, se aspiran los mismos aromas, se ven sobre cojines de damasco las mismas deslumbrantes y despreciables joyas; de modo que esta muerte, por la cual habia suspirado, creyéndola el logro de mi libertad, se reduce á la prolongacion de mi cautiverio: ¿Para qué todo eso, para qué, si aquí estoy sola? Dios mio, llamo y no me responden. Deben haberme enterrado viva en alguna de las estancias de Granada. Pero este sepulcro es horrible, este sepulcro en el cual ni siquiera se encierra el amor, lo único que puede consolar de la ausencia del cielo. Dos cosas he querido que no pienso lograr jamás, ¡oh hado implacable! despues de la vida la bienaventuranza y en la vida el amor.

—Las tendrás.

Dijo Muley-Hacem, abriendo unas cortinas y lanzándose á los piés de Zoraya.

—¡Ah!

Gritó ésta con grito indecible como si hubiera recibido una herida.

—¿Tiemblas?

Preguntó el Sultan.

—Sí. ¡Qué miedo!

Respondió Zoraya.

—¡Miedo al lado de un caballero!

Y clavó sus ojos con tanto ahinco en los ojos de Zoraya, que ésta sintió misteriosa fascinación.

—¿Por qué tiemblas?

—¿Por qué tiemblo? Porque es tan extraño todo cuánto me sucede aquí.

—¿Extraño?

—Incomprensible.

—Se comprende fácilmente; de esclava has pasado á señora.

Y volvió á fijar con tal ardor sus ojos en Zoraya, que volvió Zoraya de nuevo á estremecerse.

—¿Por virtud de qué milagro?

Preguntó la jóven con anhelo.

—Por virtud del amor.

—¿Quién me puede amar á mí, á esta pobre cautiva?

—Yo.

—¿Y quién eres tú?

—No puedes saberlo.

—¿Eres algun mago, algun hechicero, que me ha detenido á las puertas del sepulcro, y que me ha encantado con sus conjuros?

—No me conoce, exclamó para sí el Sultan, no sabe quién soy. Gracias, Dios mio, gracias.

—Dime quién eres.

—¿Para qué necesitas saberlo? Soy un mortal que te amaré hasta más allá de la muerte, sí, hasta más allá de la muerte.

Y el fuego que despedía la mirada de Hacem y el aroma que exhalaba su aliento subian hasta la cabeza de Zoraya y la trastornaban mas, mucho más que antes la hubiera trastornado el narcótico.

—¿Amar? ¿Me amas?

Preguntó.

—Como no puedes imaginártelo. Si fuera rey del cielo pondria á tus plantas el sol, y si fuera rey de Granada pondria á tus plantas el solio.

—No, no. Ni soles, ni solio. Lo que yo necesito es mucho mas reducido, lo que yo necesito es un corazón.

Tales palabras exaltaron el ánimo de Hacem con una verdadera exaltacion. El contraste entre esta sencillez propia de una mujer amante y las ambiciones de Aixá, que á la continua le atormentaban, fueron para él como una revelacion. Por vez primera sentia el amor en sí, el amor desprendido de todos los intereses terrenales, el amor puro y eterno. Por vez pri-

mera veía abrirse ante sus ojos extáticos una alma enamorada. Después de haber gustado la gloria, la ambición, el poder, gustaba ahora el amor. Así es que no creía en tanta dicha. Así es que no se cansaba de absorber por su alma y por su cuerpo los efluvios de aquella nueva existencia nunca antes sentida. Parecíase otro á sí mismo, y parecíale otro también el mundo que le rodeaba. En su éxtasis no se atrevía ni siquiera á tender una mano á Zoraya, temeroso de que aquella aparición se deslustrase y se perdiese en la realidad como entre nuestros dedos se pierden y se deslustran las ténues alas de las pintadas mariposas. Al resplandor de aquella luz, al choque de aquellas emociones, erguida la jóven esclava, pero fija en los pensamientos que iban despertándose por su alma, de rodillas aun el apuesto sultán como un idólatra que adora una imagen, formaban pintoresco grupo digno de que un pintor inspirado lo hubiera recogido de aquel centro de colores y matices, para transmitirlo á la posteridad.

—¿Amor sientes por mí?

Preguntó Zoraya.

—Amor eterno.

—¡Ah! No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque vosotros sentís amor exaltado hácia la lanza que os ha abierto paso al través de vuestros enemigos, hácia el troton que os ha devuelto á vuestro hogar desde una peligrosa retirada, hácia el concepto que de vuestro valor han tenido los mismos que os han disputado la victoria, hácia el timbre y el mote de un escudo forjado en fuego y teñido en sangre, hácia el laurel cosechado en los surcos de la batalla, hácia la divisa conseguida en los torneos y en las cañas, hácia las ambiciones del poder y las competencias del gobierno; pero no hácia nosotras, eternas esclavas, queridas un momento con el deseo y abandonadas por toda una eternidad después del goce, que en cuanto bajamos á vuestras instancias y nos perdemos en vuestros brazos, somos como esas flores arrancadas al tallo, olidas un momento con gozo, y luego arrojadas al suelo con desprecio para desaparecer en olvido eterno.

—¿Quién te ha puesto en condición de maldecir del amor antes de haberlo sentido?

—He pasado por vuestros harenes y he departido con vuestras esclavas.

—Verdad.

—Y yo traía de mis tierras un sentimiento arraigadísimo, el sentimiento del amor único. Mi madre me destinaba á un hombre; y este hombre no podía tener otro amor sino el mio, ni unirse con ninguna otra mujer sino conmigo. Para mí el amor confunde dos almas en una sola vida, dos vidas en un solo hogar, y después de la muerte, dos cadáveres en un solo sepulcro. Si no es así, tal como lo he aprendido en mi educación y en mi culto, no quiero el amor. Levántate pues, oh moro, de mis plantas, pues no aguar-

des que caiga en tus brazos quien, al verte en el harem con otras mujeres, ó se resignaría por indiferente, ó se mataría por celosa.

Hacem se puso de pié al imperioso mandato de Zoraya, pero no se movió del sitio donde al principio se había arrodillado. Su cabeza, que superaba en mucho á la cabeza de la pobre niña, se inclinó instintivamente para recoger en los ojos aquella amorosa mirada y en los labios aquel embriagador aliento. Zoraya al verlo levantarse, creyó que iba á partir y sintió un frío glacial, como si en una tempestad le rehusase su amparo el árbol bajo cuyas ramas buscara refugio y salvación. Desde aquel mismo punto la sombra extendida por el cuerpo de su interlocutor era indispensable á su existencia, aunque todavía no supiera ella misma cuanto pasaba por las profundas interioridades de su propio sér. Así es que, instintivamente, en vez de alejarse cuando Hacem se levantó, acercóse á él, y le miró con una mirada celeste, de esas cuyos rayos dotados de penetración y de dulzura inexplicables, llegan al fondo del alma, y levantan allí ideas tan inextinguibles como la conciencia y sentimientos tan duraderos como la vida. No se estremece la palma herida por el rayo, el cedro doblado por el huracán, la colina atravesada por el terremoto, como se estremeció el cuerpo de Hacem á la magia de aquella inexplicable y suprema mirada en cuya expresión se contenía toda una vida de amor y todo un horizonte de esperanza.

—Si Granada me perteneciera con sus mil torres; si me perteneciera la Alhambra con sus cien estancias; si me perteneciera la Vega desde las cumbres de la Sierra de Nieve hasta las cumbres de la Sierra de Loja, daríalo todo por este solo instante; y aunque luego mendigara de puerta en puerta, sin guía alguno porque nadie se compadeciera de mí, bastaría el recuerdo de este minuto para endulzar la eternidad de mi pena. Podría vivir cien años, y al término de mi vida vendría trémulo á hincarme aquí, y á besar el sitio donde se han posado mis rodillas y tus plantas. Podría morir, y al entrar en el paraíso, despreciaría á todas las huríes prefiriendo á contemplar su hermosura radiante de bien aventuranza, contemplar tu cuerpo rígido por el frío de la muerte y devorado por los gusanos de la podredumbre. Permíteme que enlace con este brazo mio por toda una eternidad tu cintura flexible como la palma: permíteme que oiga al rumor de esa fuente la unísona melodía de tu voz por siglos de siglos; permíteme que beba como único licor tu suspiro embalsamado y que tome por único alimento tu sonrisa; y si lo quieres, arrojaré alfange y sacerina, despediré yegua y troton, y tomando una guitarra africana, rasguearé sus cuerdas y cantaré inmóvil á tus piés, como los ángeles á los piés de Alhá, tu amor y mi ventura.

A este raudo arrebató de lirismo amoroso respondió Zoraya con amarga sonrisa y con tristísimo suspiro.

—¿Suspiras, bien mio?

—De tristeza.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Aun no has respondido cosa alguna á mi primera observacion.

—¿A cuál?

—A la observacion de que nosotras cristianas, solo podemos amar á un hombre; pero á cambio de que este hombre ame á su vez una sola mujer.

—Zoraya, nosotros podemos tener muchas esclavas, pero casi todos los musulmanes ilustres han preferido siempre á ese rebaño del harem el amor casto de una sola mujer. El rey maspreciado de nuestra tierra andaluza fué el ilustre Ebn-Abed, tan grande por su ciencia como por su valor, y por su valor como por su infortunio. Y á pesar de tener el mas hermoso serrayo de Occidente, prefirió siempre la incomparable Romaiquilla, caprichosa beldad que se entretenia en fabricar ladrillos con barro de canela molida y ámbar pulverizado y almizcle en pasta y algalia y mirra del desierto, mezclado todo con agua de rosas.....

Zoraya meneó tristemente la cabeza, como si aquellas palabras le hirieran con mortal herida el corazon.

—¿Qué tienes?

Preguntóle el Sultan.

—Cuando dices tales comparaciones, tú debes ser ó un rey, ó un príncipe, ó un visir, ó un grande cualquiera de alta prosapia é inmenso poder.

—¿Y qué?

—¿Qué? ¿Lo preguntas cuando ya lo dije? No quiero amores con reyes y magnates. La corona real me daría celos por verla mas cerca de tí que mis amantes brazos. Granada me parecería una rival muy temible. El tiempo que pasases entre visires, alfaquíes, eunucos, guardias, cortesanos, esclavos, lo robarías á mi amor. Y no recuerdo para nada el harem. Y no digo nada de la guerra. Y no cuento los negocios de Estado. El poder ahoga el sentimiento. La gloria absorbe al fin y al cabo un corazon. Las ambiciones de la plaza pública y del campo de batalla no dejan tiempo para pensar en la mujer y en los hijos. Yo prefiero una dulce medianía. Me basta con un hogar y por todo reino un jardin. Me enamora mas la tranquilidad de un matrimonio sin cuidados que la gloria de un guerrero sin derrotas. Para consagrarse al amor estorba todo lo que no sea el amor mismo.

Hacem no sabia qué responder á estas palabras tan estrechamente ligadas con todos sus afectos. Si de antemano le hubiese dicho á Zoraya los medios necesarios para rendirle á su albedrío, no los dispusiera su propia razon como los disponia en momento tan oportuno el revelador instinto de su amada. A un brazo fatigado de pelear, á una mente gastada en las ideas y combinaciones políticas, á un corazon reñido con una esposa ambiciosísima, á un monarca hastiado, á una vida cansada del poder y sus tormentos, por mágica adivinanza, ofreciales reposo en la tranquilidad de

amor inestinguible y sereno. Hacem habia encontrado, pues, el hogar de su alma y el centro de su vida. Hacem convenia, pues, en todo y por todo con su amada. Estaban sus deseos satisfechos. Una mujer de divina hermosura, ignorando quien era, le amaba por sí mismo con una adoracion exaltadísima é incesante. Su vida entraba en cauce por cuyos bordes mecíanse todas las flores de la tierra y en cuyo fondo se retrataban todos los matices del cielo.

—Dispon de este esclavo á tu antojo. Podrian coronarse de lirios los montes y cubrirse de mariposas los valles; si tú no estabas á mi lado, pareceríanme tan tristes y tan adustos como el desierto y su sudario de hisopos y malezas. Podrian convertirse en oro fino los alicatados de este alcázar, en plata bruñida los pavimentos, en esmeraldas y záfiro las bóvedas; si tú no lo habitabas junto á mí, pareceríanme mas desnudo y mas salvaje que las cavernas de las alimañas feroces. Podria surgir en la vega una aljama á cuyo lado fuera pobre la resplandeciente de Damasco y la profanada de Córdoba; no la querría si tú no rezabas mis rezos y no leias en mi Koran. Si yo aquí fuera rey, por una sonrisa tuya daría los Alijares, por una mirada el Generalife, por una palabra la Alhambra, por un beso Granada, por una noche á tu lado el reino entero desde Málaga hasta Almería y desde las cimas de la Alpujarra hasta las riberas que miran al Magreb. Importaríame poco el Califato de Damasco reunido con el Califato de Bagdad, la gloria de los Omniadas reunida con la gloria de los Abassidas; un imperio que se extendiera desde Constantinopla hasta Cádiz y desde Alejandría hasta Fez; si dominios tantos me distraian ni por un minuto de tu amor. Podria embellecerse mas aun el paraíso prometido por Mahoma, y lo despreciaría, si no lo gozaba por entero al mismo tiempo que tu divino amor. Pídemelo, pues, cuantos sacrificios quieras, el mayor de ellos jamás llegaría al menor galardón que tú puedes prometerme y yo esperar.

—¿De veras?

—No tienes otra cosa que decirme despues de haberme oido.

—Yo soy nacida en la oriental Andalucía, pero oriunda de la Vieja Castilla.

—¿Y qué quieres significar con eso?

—Quiero significar que jamás soltamos una palabra sino hemos de cumplirla.

—¿Dudas de las mias?

—No dudo.

—Manda.

—Oye.

—Dí pronto.

—Moro, ¿tú crees en Dios?

—Creo en el inmenso, en el infinito, en el eterno, en el absoluto, en el omnipotente y omnisciente, en el infalible, en el inefable, en el perfecto: creo en Alhá.

—Y no has oído alguna vez la campana repitiéndose en los riscos y llamando á la oración hasta las avejillas del aire. Y no has visto la cruz bendiciendo los campos y sembrándolos con sus bendiciones de flores. Y no has entrado á rezar al pié de los altares donde resplandece la Virgen Madre, y á decir en coro las santas letanías. Y no has admirado en nuestros templos los pavimentos cubiertos de losas sepulcrales que encierran las generaciones pasadas y las ventanas cubiertas de vidrios multicolores en cuyos iris nadan los ángeles del cielo como reclamando nuestras almas para conducirnos á la bienaventuranza. Sublime tu Dios; pero ha dictado un código de guerra á los hombres y ha recluido las mujeres en el serrallo, mientras el mio, más humilde, probado por el dolor y por la muerte, como el último de los humanos, ha impuesto la caridad y la paz entre nosotros, y nos obligaría á vivir los dos solos en matrimonio bajo el mismo techo y á dormir el sueño de la muerte en la misma sepultura. Moro, cree en mi religión y ama á mi Dios.

—Pedirme eso equivale á pedirme la muerte.

—Muramos.

—Ahora que tan dulce debe sernos la vida.

—Con el agua de esta fuente puedo bautizarte, y con el filo de ese alfanje podemos abrirnos ahora mismo el camino de la eternidad.

—No digas esas locuras. Me invitas á cegar cuando no he visto ni en las estrellas luz como las que despiden tus ojos. Me invitas á ensordecir cuando no he oído en los aires melodía como la que produce tu voz. Me invitas á morir cuando solo desde este instante gozo con goce verdadero y pleno de la vida. Ven á mi lado tan inseparable de mí como el amor que siento y no te vayas, cual tímida gacela, espantada por el ruido de tus propios pasos y por la sombra de tus propias supersticiones. Déjame contemplar esa magia digna de una hechicera, esas pestañas negras como las sombras en torno de los astros, esa frente espaciosa como el horizonte, esos labios rojos como la adelfa, ese talle flexible como la palma, esas gasas que envuelven tus formas cual resplandores de la luna llena, y esos piés que podrían caminar como las nubes sobre las espigas, sin troncharlas nunca. Cree que esta embriaguez producida por tu aliento durará toda la duración de mi alma. Cree que besaré las huellas de tus plantas como besa el devoto las letras del Koran. Cree que llevas atado con cadenas junto á tí como un cautivo mi pobre corazón. Ya que tantas flechas me clavas con los rayos de tus ojos, cúralas con el bálsamo de tus promesas. Ya que tantas penas me causas con los dolores de este amor, alivialos con el consuelo de una esperanza. Beberemos en la misma copa como beben las palomas pa-

readas en la misma tasa. Dormiremos en el mismo lecho como duermen las avejillas en el mismo nido. Que no crezca este amor, porque me abrasaría, que no mengüe porque me helaría, como crece y mengua la inconstante luna; sea pues desde esta hora suprema, lucero fijo y con luz igual. Ya conozco que no necesitas en el mundo de cosa alguna. Te sobra para dominar con el imperio de tu mirada, para lucir con el encanto de tus gracias, para cantar con el eco de tu voz, clavame tu cifra en la espalda como al esclavo y tenme siempre rendido como un perro, con tal que me tengas en tu presencia.

—¿Dios mio! ¿Y mi religión? ¿Por qué no la sigues?

—Porque sería ir á la muerte; y necesito para tí, por tí, de la vida.

—Y me vas á obligar á condenarme.

—El hado, que es Dios mismo, te lanza á mis brazos.

—Por tí voy á olvidar á mi Dios, por tí voy á perder el cielo á que estaba destinada mi alma.

—Si tu religión nos juntara, yo la abrasaría en este mismo instante, porque todo aquello que me junta á tí, es divino; pero tu religión nos separa. Yo no puedo aceptarla sin morir en el acto. ¿Me quieres muerto en la hora de ser feliz? Traspasa con este puñal mi corazón, y vive por toda una eternidad para que sepas por tus remordimientos todo el mal que me has hecho.

—¡Ay! Dios mio, no soy libre, y colocada por el destino en la necesidad de optar entre él y tú, opto por él. Abrásame con tu cólera y sírvame de excusa ante tu misericordia que yo no he labrado mi propia debilidad.

Todos estos coloquios llegaron por fin á unir aquellos seres indisolublemente. Enardecidos por sus propias palabras, cayeron abrazados y se olvidaron en aquellos abrazos de toda otra cosa que no fuera su mútua felicidad. Un mes entero pasó Hacem allá en el palacio encantado, un mes pasó sin penetrar en las torres de la Alhambra, sin ver á la sultana Aixá, sin oír la voz de los faquíes, sin leer las suras del Koran, sin consultar al cadí sobre los pleitos y sentencias, sin saber del visir las cosas del gobierno y del reino. Todo el mundo extrañaba su ausencia. Unos decían que los cristianos le habían cautivado en atrevida correría; otros que las peris lo habían atraído á sus cavernas y hechizádolo con irremediables hechizos. Este le creía muerto en duelo singular con el rey de Castilla; aquel le creía ido al África para pedir auxilio á Túnez ó Fez en la agonía de su reino. Y eran tanto más de pensar todos estos desvarios cuanto que menudeaban las noticias de casos adversos á su corona y á su pueblo. Entre tantas quejas sobresalían las quejas de Aixá que, irritada por todo extremo, atribuyendo á pasatiempos amorosos la ausencia de Hacem, sentía á un mismo tiempo vértigos de ambición en su desvariada cabeza y puñaladas de celo en su despedazado corazón. Pronta al odio y atenaceada por la envidia;